



29 de marzo de 2020

Queridos feligreses,

En el Evangelio de hoy, Jesús está llegando al final de su misión terrenal. Sus discípulos han estado con él durante casi 3 años. Y aquí, una vez más, ven a Jesús mostrando su conocimiento divino: sabía cómo terminaría la enfermedad de Lázaro, y ya sabía sin mensajero, cuando Lázaro había muerto. Y sin embargo, incluso en este último momento de su ministerio, después de 3 años de presenciar los milagros de Cristo, y ver su sabiduría divina, sus discípulos todavía no lo entienden; todavía no conocen a su Señor. Todavía malinterpretan sus palabras- piensan que está hablando de un sueño normal cuando realmente está hablando de la muerte. Todavía dudan de su buen sentido y poder - tratan de disuadirlo de regresar a Jerusalén, donde sus enemigos acechan. Después de todo este tiempo y experiencia, simplemente no lo entienden. Cualquier Señor menor habría renunciado hace mucho tiempo a estos seguidores lentos, pero no Jesús. Es un Señor que sirve a sus súbditos, enseñándoles y guiándolos a la plenitud de la vida con paciencia incansable. Cuanto más necesitados son, más atento está, más ansioso por darles lo que sea necesario para ayudarles a creer, confiar y seguirlo. ¿Y no somos nosotros como los Apóstoles? Hemos sido cristianos durante tanto tiempo, hemos escuchado tantos sermones, hemos recibido la Comunión tan a menudo. Y sin embargo, en medio de los altibajos de la vida todavía nos resulta difícil averiguar lo que Dios nos está pidiendo. En medio de las tentaciones de la vida, todavía nos resulta difícil confiar en él lo suficiente como para seguir su voluntad en lugar de nuestros caprichos. Pero no se ha rendido ante nosotros, y nunca lo hará. Nuestro Señor es verdaderamente Señor, pero es un Señor que gobierna por amor.

La presencia real de Cristo en la Eucaristía es un poderoso recordatorio del hecho de que Dios nunca se rinde ante nosotros. Cuando el sacerdote consagra las hostias durante la Misa, Jesús se vuelve verdaderamente presente en ellas, en cuerpo, sangre, alma y divinidad. Entonces pasan dos cosas. Primero, se entrega a cada uno de nosotros en la Santa Comunión. Está totalmente presente en cada hostia, y así se entrega completamente a cada uno de nosotros, sin contener nada. Y nunca se negará a venir a nosotros, siempre y cuando hayamos expresado nuestro deseo sincero de recibirlo confesando de antemano, en el sacramento de la reconciliación, cualquier pecado mortal en nuestra conciencia. Pero eso no es suficiente para su amor, así como no fue suficiente para él bajar a la tierra en la cueva de Belén. Tuvo que mostrar las profundidades de su amor, y para ello subió a la cruz en el Calvario. Así, después de que Jesús se hace presente en la Eucaristía y se entrega a nosotros en la Santa Comunión, entonces está presente en el tabernáculo para permanecer con nosotros. Está aquí, verdaderamente presente, todos los días y todas las noches, todo el día y toda la noche. Muchas veces hemos recibido la Santa Comunión simplemente fuera de rutina, sin apreciar realmente la grandeza del don. Pero Jesús sigue viniendo. No se ha rendido ante nosotros. . Muchas veces nos olvidamos de su presencia en el tabernáculo, y en lugar de pasar a visitarlo, a compartir nuestras penas y nuestras alegrías con él, lo dejamos en paz y hacemos lo nuestro. Pero Jesús se queda de todos modos. Nunca se rinde. Hoy, cuando no podemos llegar a la comunión, apreciamos este don mucho más para cuando nuestra comunidad pueda reunirse en el altar una vez más.

Que Dios te bendiga.

Padre Dan.